

El invitado

NEFELIBATA



ELIZABETH DAY

El invitado

Traducción de Begoña Prat Rojo



Duomo ediciones

Barcelona, 2020

Título original: *The Party*

© Elizabeth Day, 2017

© de la traducción, 2020 por Begoña Prat Rojo

© de esta edición, 2020 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: julio de 2020

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. Riera de Cassoles, 20. 3.º B. Barcelona 08012 (España)

www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 9788417761936

Código IBIC: FA

DL B 9282-2020

Diseño de interiores:

Agustí Estruga

Composición:

Grafime. Mallorca, 1. Barcelona 08014 (España)

www.grafime.com

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la discusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Para mis amigos

Invitado / a

sustantivo

1. m. y f. Persona que ha recibido invitación.

Invitar

1. tr. Llamar a alguien para un convite o para asistir a algún acto.
2. tr. Pagar el gasto que haga o haya hecho otra persona, por gentileza hacia ella.
3. tr. Incitar, estimular a alguien a algo.
4. tr. Instar cortésmente a alguien para que haga algo.

I

La sala de interrogatorios es pequeña y cuadrada. Una mesa, tres sillas de plástico, una ventana alta de cristal translúcido mugriento y cubierto de polvo, tubos fluorescentes; sobre nuestros rostros se proyecta una lóbrega sombra amarilla.

Dos tazas de té: una para la agente de policía y otra para mí. Con leche y dos azucarillos. Demasiada leche, aunque no estoy en disposición de quejarme. El borde de mi taza está cuajado de marcas de dientes allí donde, unos minutos atrás, he mordido el poliestireno.

Las paredes son de un blanco grisáceo. Me recuerdan a las pistas de *squash* del RAC de Pall Mall donde, hace tan solo unos días, le pegué una paliza a un contrincante que iba varios puestos por delante de mí en el *ranking* del club. Era banquero. Con la cara rubicunda. Pantalones cortos y anchos. Unos músculos sorprendentemente esbeltos y tensos. Me lo merendé con bastante rapidez: servicio, pelota cortada, *smash*. El sonido de la pelota de goma al rebotar contra el cemento, un gran punto verde oscuro al final de cada intercambio de golpes. Gruñidos. Maldiciones. Al final, la derrota. Una agresión contenida entre cuatro paredes.

En la comisaría de policía reina un ambiente parecido: una especie de masculinidad encolerizada, aunque solo uno de los dos agentes que me interrogan es hombre. Es evidente que la agente ha sido designada como la «poli buena». Ha sido ella quien me ha ofrecido el té, aduciendo que me sentaría bien. También me ha sugerido que le echara dos azucarillos.

–Ya sabe –ha añadido, mirándome a los ojos–, por la conmoción que ha sufrido.

Es cierto. No esperaba que la policía se presentara en mi puerta esta mañana. En mis treinta y nueve años de vida apenas es la segunda vez que las autoridades me someten a un interrogatorio. En ambas ocasiones, ha sido debido a Ben. Lo cual no deja de ser raro, en realidad, puesto que es mi mejor amigo. Se supone que los buenos amigos se cuidan mejor entre ellos.

La agente es baja con hombros redondeados y una agradable cara con pecas. Se ha teñido el pelo de ese color indeterminado que de manera inexplicable adoran las mujeres de mediana edad: ni castaño ni rubio, sino un tono intermedio. Una especie de beis. Con las puntas abiertas.

Su compañero es alto. Uno de esos hombres cuyo rasgo más característico es la altura. Se ha agachado cuando hemos cruzado la puerta, con un fajo de papeles en la mano del color del jamón de supermercado. Lleva un traje gris con una marca blanca en la solapa. Pasta de dientes, quizá. O una mancha que le ha dejado el desayuno de un bebé. Diría que tiene treinta y pocos años.

Ambos están sentados a la mesa frente a mí, dando la espalda a la puerta. Las sillas tienen asientos moldeados con aberturas como de buzón en el respaldo. En los conciertos de final de trimestre en Burtonbury amontonábamos sillas como estas para las reuniones escolares. Hace una vida entera de aquello, y sin embargo fue hace nada. A veces parece tan cercano como el minuto que viene a continuación. Virutas de lápiz y goma de borrar, la marca de la suela de una zapatilla de deporte sobre el zócalo del aula. Dormitorios con camas hundidas. El crujido de un muelle cuando un chico se movía en sueños. Esa sensación constante de desasosiego. Eso fue antes de conocer a Ben, por supuesto. Antes de que él me salvara de mí mismo. Desde entonces no hemos dejado de salvarnos mutuamente.

Sobre la mesa, a un lado, hay una grabadora muy grande. Demasiado grande, en realidad. Me descubro preguntándome por qué tiene que ser tan grande. O por qué, de hecho, la policía sigue insistiendo en utilizar cintas de casete en esta era digitalizada de sonidos en la nube y pódcast en iTunes.

He rechazado la presencia de un abogado. En parte porque no quiero aflojar la pasta que cuesta uno bueno y que, dadas las circunstancias, sé que Ben no pagaría; y no quiero que me asignen a un asistente legal de tercera que no sepa hacer la «o» con un canuto. Tampoco creo que los padres de Lucy apoquinen. Después de todo lo que ha pasado, sospecho que mis suegros tampoco se sienten inclinados a ayudarme.

–Muy bien, pues –dice la mujer con las manos entrelazadas frente a ella. Uñas cortas, con un esmalte de color claro. Una diminuta mancha de tinta en la zona carnosa entre el pulgar y el índice–. ¿Empezamos?

–Por supuesto.

Pelo Beis pulsa un botón de la grabadora gigante y se oye un pitido largo y alto.

–Este interrogatorio se graba en la comisaría de Tipworth, en Eden Street, Tipworth. Son las 14:20 del día 26 de mayo de 2015. Soy la agente Nicky Bridge.

Lanza una mirada a su compañero, que se identifica a su vez para que quede constancia.

–Soy el agente Kevin McPherson.

–Señor Gilmour –dice ella mirándome–, ¿puede decir su nombre completo y su fecha de nacimiento, por favor?

–Martin Gilmour, 3 de junio de 1975.

–¿Le importa si le llamo Martin?

–No.

Carraspea.

–Se le han ofrecido los servicios de un abogado de oficio y los ha declinado, ¿es correcto, Martin?

Asiento con la cabeza.

–Dígalo para que conste, por favor.

–Sí.

Hay una pausa. Traje Gris rebusca entre sus papeles. Tiene la cabeza agachada. No me mira. Eso me resulta curiosamente desconcertante, la idea de no ser digno de su atención.

–Bien, Martin –dice Traje Gris–. Comencemos por el principio. Explíquenos con detalle los acontecimientos de la tarde del 2 de mayo. La fiesta. Llegaron ustedes antes que el resto de los invitados, ¿no es así?

–Sí –contesto–. Así fue.

Y entonces empiezo a contárselo.

Comienza con una puerta que no se abría en el hotel Tipworth Premier Inn.

2 de mayo

Hotel Tipworth Premier Inn, 17:30 h

–No entiendo por qué no nos han alojado en la casa –dijo Lucy al tiempo que deslizaba la tarjeta de acceso de plástico en su sitio correspondiente–. No será porque no tenga habitaciones suficientes.

La luz que había bajo el pomo de la puerta brillaba obstinadamente en rojo. Lucy volvió a intentarlo; metía con impaciencia la tarjeta en la ranura y la sacaba demasiado rápido. Me di cuenta de que empezaba a enfadarse, pero intentaba que no se notara: esa delatora mancha de rubor en su nuca; sus hombros rígidos; un triángulo de lengua concentrada apenas visible entre sus labios. ¿Quién fue el que dijo que la definición de la locura era hacer la misma cosa una y otra vez, esperando resultados distintos? ¿Aristóteles? ¿Rousseau?

–Dame –dije cuando ya no pude aguantarlo más–. Déjame a mí.

Cogí la tarjeta de plástico, en la que había aún sudor de sus dedos, la deslicé en su sitio y la dejé dentro varios segundos antes de retirarla con delicadeza. La luz se puso verde. La puerta se abrió con un clic.

–Eso es justo lo que estaba haciendo yo –protestó Lucy.

Yo sonreí y le di unos golpecitos en el brazo. Sus pupilas se contrajeron levemente, de manera casi imperceptible.

–Bueno, pues ya estamos aquí –dijo en un tono demasiado alegre.

Entramos con nuestras maletas de ruedecillas en la *suite* estándar. Llamarla *suite* era muy optimista. El espacio del suelo

lo acaparaban casi por completo dos camas individuales. Sobre los cabeceros colgaba una reproducción torcida de una acuarela mala en la que se veía a unas señoras en una playa. Junto al televisor había una tetera eléctrica y un tarro de mermelada lleno de bolsitas de té. En su base había diseminados varios paquetes de plástico de leche, como si una invisible marea lechosa hubiera subido y los hubiera dejado allí como guijarros en la orilla.

Lucy desenrolló de inmediato el cable y se llevó la tetera al baño para llenarla de agua del grifo del lavabo. Es lo primero que hace al llegar a cualquier parte. Cuando viajamos al extranjero, se lleva bolsitas de té inglés envueltas en papel de aluminio.

Yo me senté en el borde de la cama, notando la fricción de las fibras sintéticas contra mis pantalones chinos, y me quité los mocasines. Miré la hora en mi reloj: las 17:37 h. Ben nos esperaba en la casa a las siete para tomar algo antes de la fiesta, lo que nos dejaba poco más de una hora. Me eché hacia atrás, me acomodé sobre los cojines y cerré los ojos mientras oía el ir y venir de Lucy, que encendió la tetera eléctrica, abrió la cremallera de su maleta, desdobló el elegante vestido de noche que pensaba ponerse y lo colgó en el baño, donde yo sabía que no tardaría en llenar la bañera con agua caliente con la esperanza de que el vapor hiciera desaparecer las arrugas como por arte de magia.

Estas son las cosas que uno aprende a lo largo de un matrimonio: las costumbres de la otra persona. Esas formas de ser que se adquieren poco a poco: la evolución gradual de una peculiaridad atractiva a algo sin sentido, estúpido, ilógico, obsesivo y en última instancia enloquecedor. Hace falta otra persona que se percate de ellas, que se vea abocado al borde de la cordura por su aparición reiterada.

—Porque, ¿cuántas habitaciones crees que tienen exactamente en su nueva mansión?

Ignoré la pregunta durante unos segundos con la esperanza de que creyera que me había quedado dormido.

–Sé que estás despierto, Martin. Se ve a la legua. Te tiemblan los párpados.

Por el amor de Dios.

–Lo siento –dije, y me senté–. No lo sé.

–Ya, pues apuesto a que muchas. Y además, tú eres su amigo más antiguo.

–Ajá.

El agua se puso a hervir, lanzando una flor de condensación que cubrió medio espejo.

–¿Ha pasado algo entre vosotros?

–En absoluto.

Aquello no era del todo cierto pero, en ese momento, sentía que ella no tenía por qué saber los detalles. Habría supuesto un montón de explicaciones y, para ser sincero, me faltaba energía. Había cosas que mi mujer –mi dócil y cariñosa mujer– nunca entendería sobre el vínculo entre dos hombres.

–Tienen que alojar a un montón de familiares –dije al tiempo que me desabrochaba los pantalones para empezar a cambiarme–. No solo por parte de Ben, sino también de Serena. Creo que Ben no quería abrumarnos con la situación.

Lucy se acercó a mí con una taza de té en la mano. Ladeó la cabeza. Sus húmedos ojos castaños me miraron expectantes. El pulso le latía en el semicírculo lilloso debajo de su cuenca izquierda, como siempre que estaba nerviosa. Colocó su mano libre tímidamente en la parte baja de mi espalda. Aspiré su perfume a rosa de té. Por lo general aquella fragancia me resultaba profundamente encantadora. Era como Lucy: modesta y discreta. Esa noche, se me quedó atragantada en la garganta. Demasiado dulce. Demasiado jabonosa.

–Lo siento, yo...

Lucy retiró la mano y dejó caer la cabeza.

–Claro –dijo, y se dio la vuelta–. Es solo que... –Vi que se debatía entre decirme o no lo que tenía en mente–. Han pasado meses.

«Otra vez no».

–Ah, ¿sí?

Ella asintió.

–He estado muy ocupado. El libro nuevo.

Acababa de entregar a mis editores un extenso manuscrito sobre el postimpresionismo. Aunque en un principio no se habían mostrado muy entusiastas con la idea, mi agente los había convencido. Había señalado que dentro de poco inaugurarían una importante retrospectiva sobre Manet en la Tate, y ¿quién mejor para escribir el libro definitivo acerca del tema que el reputado crítico de arte Martin Gilmour? Había conseguido labrarme cierta reputación. Mi primer libro: *Arte. ¿A quién co#o le importa?*, publicado hacía cinco años, me había hecho erigirme en el *enfant terrible* del mundillo artístico, el crítico que se atrevía a llamar a las gilipolleces por su nombre y a decir las cosas tal como las veía.

En realidad, el contenido no era particularmente explosivo. El título había sido idea de mi agente. Al César lo que es del César: vendió como churros. Se convirtió en la clase de libro que la gente regalaba por Navidad a sus amigos modernillos. Lo había visto en el baño de invitados de casas increíblemente modernas y de diseño (muros de cerramiento y estudios en el sótano). Estoy bastante seguro de que en realidad nadie se lo ha leído de cabo a rabo. Aparte de Lucy, claro está. Lucy es leal hasta la exageración. Siempre lo ha sido.

Nos conocimos hace trece años, cuando yo trabajaba en el *Bugle*, el principal diario vespertino de Londres (aunque hay que reconocer que en aquella época no había competencia. Aún no existían los periódicos gratuitos ni el *Metro* matutino). Yo había logrado un puesto como vicedirector de arte para

cubrir una baja por maternidad y Lucy era ayudante. Por entonces aún se podía fumar en la oficina, algo que yo hacía de manera regular y tímida, muy consciente de que cada vez que daba una calada al cigarrillo cualquiera que estuviera mirando vería cómo se me marcaban mis pómulos de veintipico años.

Tardé varias semanas en reparar en Lucy. Su presencia era una agradable visión borrosa en la periferia de mi ángulo visual. Era una chica rolliza y resultona con gafas de búho y una media melena castaña que le llegaba a los hombros y que no era ni lisa ni rizada, sino que se manifestaba de manera insatisfactoria entre ambos estilos. Su pelo, como descubriría más adelante, era para ella una fuente de frustración constante. Bastaba con que la lluvia amenazara descargar de una nube gris para que empezaran a crispársele las puntas. En los días lluviosos, Lucy se recogía el pelo con un coiletero de terciopelo, igual que hacía la duquesa de York. En Lucy había siempre algo que era como una deliciosa nota discordante. Llevaba vestidos holgados con estampado de flores cuando el resto llevaba faldas de tubo que ceñían la silueta. Usaba zapatos de cuero de hombre y tenía cejas gruesas e indolentes. Provenía de una época distinta. Una parte de ella sigue allí. Aunque nunca he logrado descubrir a qué época pertenece exactamente. Es posible que aún no se haya inventado.

En fin, el caso es que, en aquel tiempo, Lucy no me causó una gran impresión; tan solo era alguien que contestaba al teléfono y decía «Hola» cuando alguien entraba en la oficina. Hacía alguna que otra ronda ofreciendo té. Una vez la vi regresar de la pausa de la comida con las uñas pintadas de un negro reluciente y por un momento eso despertó mi interés. «Aquí hay más de lo que se ve a simple vista», pensé. Pero al instante me olvidé de ello y me concentré de nuevo en mi teclado para sacar quinientas palabras de chorradas acerca del último insufrible y pretencioso espectáculo de graduación de

la Central Saint Martins o de una actriz de Hollywood con un talento ínfimo que tenía cierta influencia sobre el propietario del periódico.

Hasta pasados dos o incluso tres meses Lucy no causó en mí ninguna clase de impacto duradero.

Ian, el editor de sección, me había pedido que preparara un artículo sobre el regreso del «Gran Novelista Americano». El gancho era algo endeble, creo recordar; la presentación de un autor joven y musculoso al que aclamaban como el nuevo Tom Wolfe. Yo había intentado subcontratar a un *freelance* dispuesto a escribir el artículo, pero era el periodo previo a Navidad y ninguno de mis colaboradores habituales estaba disponible, así que había decidido encargarme yo.

Estaba sentado a mi escritorio, debatiendo con Ian a quién debíamos incluir.

–Tendría sentido que Jay McInerney interviniera –dijo él.

Yo asentí, como si ya lo hubiera tenido en cuenta.

–Y DeLillo, por supuesto –añadí–. Wolfe. ¿Podemos contar con Franzen?

–Sin duda. –Ian se inclinó hacia delante y cruzó los brazos sobre su camisa arrugada–. Me imagino que ya tienes a Philip Roth.

–Claro, claro –contesté, aunque no había pensado en él ni, en aquel momento de mi vida, había leído ninguno de sus libros.

Desde el otro lado del escritorio me llegó un audible chasquido de lengua.

–Bueno, si nos retrotraemos en el tiempo, podríamos pensar en Salinger... –continué.

El chasquido se convirtió en un gruñido intenso e impaciente. Ian torció las comisuras de sus labios.

–¿Tienes algo que decir, Lucy? –preguntó, divertido.

–No –dijo ella, sonrojándose–. En realidad, bueno, lo siento, sí, sí, sí tengo algo que decir.

Tosió y un punto rosa apareció en el centro de cada una de sus mejillas.

–Por favor... –dijo Ian, haciendo un gesto con la mano para indicarle que tenía la palabra.

–Bueno, ¿habéis pensado en..., ya sabéis, en incluir a alguna mujer en vuestra lista? –preguntó, mientras su voz cogía impulso y volumen a medida que hablaba–. Todo acaba siempre en los mismos hombres aburridos, viejos y blancos. A este paso, acabaréis citando al maldito John Updike.

Hice un sonido de burla mientras tomaba nota mentalmente de incluir a John Updike. ¿Cómo podía haberse pasado por alto? Esa era la clase de errores que hacían que llamara la atención. Que me hacían parecer un chico que no tenía una casa llena de estanterías abarrotadas, sino que sacaba su material de lectura del *Reader's Digest* de su madre.

–... quienes básicamente lo escriben todo con la polla fuera y que se felicitan unos a otros por lo fantásticos que son –estaba diciendo Lucy–, cuando en realidad sus novelas sobre el «estado de la nación» tan solo son dramas familiares envueltos en una dosis extra de testosterona. ¿Sabéis?, hay autoras increíbles en Estados Unidos a las que, solo porque escriben sobre familias y tienen esas horribles cubiertas con fotografías de primer plano de niños y castillos de arena, ignoran sin parar.

Inclinó la cabeza hacia abajo. El cabello suelto le caía sobre su frente pálida.

–Lo siento –dijo–. Me he...

Le dediqué una sonrisa. Qué dulce resultaba, pensé, sentir tanta pasión por algo. Ella me miró a los ojos y me devolvió la sonrisa; su boca se abrió lo suficiente como para que yo pudiera ver sus dientes precisos, rectos y totalmente adecuados.

–Caramba –dijo Ian–. No me había dado cuenta de que teníamos a la condenada Emmeline Pankhurst aquí sentada. ¿Qué propones tú, entonces?

–Anne Tyler, Joan Didion, Donna Tartt –contestó Lucy sin alzar la vista–. Y eso solo para empezar. Siempre que estés de acuerdo con la premisa de que existe algo que pueda llamarse «La Gran Novela Americana». Cosa con la que no estoy de acuerdo, por cierto.

Ian se rio burlescamente.

–Gracias, Lucy. Recuérdamelo, ¿qué fue lo que estudiaste en Bristol?

–Filología Inglesa –murmuró ella–. Y fue en Durham.

–Eso creía.

–La verdad es que a mí me parece una buena idea –dije, sorprendiéndome al oír mi propia voz–. Deberíamos incluir algunas mujeres.

Lucy esbozó una sonrisa. Las gafas se le habían deslizado por la nariz y se las subió con un índice cuya uña estaba mordida; al hacerlo, me di cuenta de que temblaba.

–Gracias, Martin –dijo, y me miró con los ojos brillantes.

Después de eso, cuanto más la iba conociendo más cautivado me sentía, muy a mi pesar. Era tan respetuosa, me admiraba tanto, estaba tan agradecida de que le prestara atención... Yo, por mi parte, la consideraba una compañía inteligente e interesante. Sabía muchas cosas.

Empezamos a compartir la hora de la comida. Al principio esta consistía en un sándwich rápido en la cantina para el personal, aunque no tardamos en pasarnos al restaurante que había en nuestra misma calle, justo enfrente de las oficinas, donde nos sentábamos en reservados de madera y bebíamos vino de una botella de litro y medio que el camarero marcaba al final de la comida y de la que nos cobraba según los centímetros que habíamos consumido. Era solo cuestión de tiempo que pasáramos de comer a ir a tomar algo al pub después del trabajo; yo, una pinta de Guinness; Lucy, un *gin-tonic*. (Nunca me gustó la Guinness. Solo la bebía cuando intentaba dar la

impresión de ser un tipo duro). Al cabo de seis meses, fuimos a cenar. Ambos teníamos predilección por la comida persa y buscábamos los mejores locales para un guiso nocturno de estofado de berenjenas y cordero con bérbero en el extremo equivocado de Kensington.

Y entonces ella me besó y yo no supe cómo negarme. Fue en la acera, frente a un restaurante pintado de colores chillones que se llamaba Tas o Yaz o Fez o algo así. Estábamos bajo una farola y una llovizna húmeda nos bañaba la cara como si fuera muselina mojada y me descubrí mirando su rostro, las gotas de humedad en sus gafas grandes y pasadas de moda, el discreto temblor de carne adicional justo debajo de su barbilla, la peca doble en el lóbulo de una oreja, que daba la impresión de ser dos agujeros para pendientes aunque era una de las pocas mujeres que conocía que no se los había hecho.

–Me daba demasiado miedo que se me infectara –me había explicado en una ocasión–. Me daba demasiado miedo todo.

No es tonta, Lucy.

Fue mientras la miraba que la expresión de Lucy cambió. Sus ojos –castaños, vivaces– adoptaron una consistencia líquida, como si el marrón pudiera escurrirse si no lo vigilabas. Me di cuenta, demasiado tarde, de que lo que veía en esas pupilas oscuras era lujuria. Se inclinó hacia mí, juntó las manos sobre mi nuca y yo sucumbí porque era lo que me resultaba más fácil. Y tampoco es que fuese a hacer daño a nadie, ¿no?

Sus labios eran suaves y pastosos. El beso se volvió más húmedo y entusiasta. Oí un leve gemido procedente de la garganta de Lucy y entonces me aparté, con las manos sobre sus hombros, y le dije en un tono firme y paternal:

–No deberíamos hacer esto.

Ella me lanzó una mirada triste.

–¿Por qué no?

–Por... bueno, escucha...

–Nos llevamos bien, ¿no? Quiero decir que me gustas. –Una pequeña laguna llena de significado–. Me gustas de verdad. ¿Por qué no... vemos adónde nos lleva? Estoy sola. Sé que tú estás solo...

Aquello me pilló desprevenido. Lo cierto era que sí me sentía solo, pero creía que lo había disimulado bastante bien ante las miradas entrometidas de la oficina. En esa época, la relación de Ben y Serena iba cada vez más en serio y yo me encontraba con que por las noches cada vez tenía menos que hacer. Mientras que antes los dos íbamos a menudo a tomar algo al Soho, donde empezábamos en un club privado del que éramos miembros antes de ir a cenar al Quo Vadis y a tomar unos cócteles en el Atlantic, ahora era mucho más habitual que Ben se quedara en casa cocinando pasta y viendo películas con Serena. Me había pedido que me buscara un lugar para vivir para que ella pudiera mudarse a la casa que antes había sido un establo y que ambos habíamos compartido desde nuestra graduación.

–Es hora de madurar, colega –me había dicho dándome una palmada en la espalda.

Ben era muy dado al contacto físico. Era algo que yo aborrecía y al mismo tiempo me gustaba de él.

Así que tal vez cuando Lucy apareció yo fuera especialmente vulnerable al hecho de que alguien me prestara atención. Ahora me doy cuenta de que eso no es excusa.

Esa noche la acompañé andando a casa. Vivía en un piso sorprendentemente bonito más allá de North End Road. Y digo que era sorprendente porque, a la vista de su ropa desaliñada y de su tendencia a comprar chaquetas de hombre en tiendas de beneficencia, había dado por hecho que no le sobraba el dinero. Resultó que me equivocaba. Los padres de Lucy eran personas acomodadas, dentro del ámbito de la clase media. Habían mandado a sus tres hijas a escuelas privadas

y vivían en una granja de ladrillo rojo en Gloucestershire. En Navidad, acudían al concierto de villancicos en la catedral de Tewkesbury.

La dejé en la puerta.

–Sube –me dijo ella tirando de la manga de mi abrigo.

Yo negué con la cabeza, fingiendo lamentarlo.

–No –dije, y recorrí su mejilla con mis dedos–. No estaría bien. La próxima vez.

Le di un beso en lo alto de la cabeza, aspirando el aroma a Timotei y un leve toque de sudor, y me alejé al tiempo que levantaba un brazo a modo de despedida.

–Nos vemos mañana –gritó ella a mi silueta en retirada.

Por la razón que fuera, la velada con Lucy me había dejado con una incómoda oleada de distintas emociones. Pensé en mi madre, en la forma en que me miró el día en que, unas vacaciones de Pascua en las que yo había vuelto a casa de la escuela, le dije que no debía decir «prespectiva» sino «perspectiva» y que la forma en que pronunciaba «amoto», colocando una a delante de la palabra, resultaba embarazosa.

Me encontré dirigiéndome al cementerio de Brompton y, aunque era tarde y sabía que la entrada principal estaría cerrada, también sabía por mis visitas anteriores que había un punto en el muro de Lillie Road en el que las piedras estaban sueltas y era posible arrastrarse a gatas con bastante facilidad.

Eso fue lo que hice. En las palmas de las manos se me quedaron pegados trocitos de ramitas y agujas de pino que me dejaron en la piel hendiduras de tierra en forma de rejilla. Me puse en pie y me sacudí para limpiarme. Un trozo de liquen se me había metido en el pelo y sacudí la cabeza para quitármelo.

El cementerio se extendía ante mí bajo la penumbra de la noche, iluminado aquí y allá por una farola de luz tenue. Las lápidas y las siluetas de ángeles de piedra surgían de entre las sombras. Allí cerca había enterrados algunos personajes his-

tóricos notables aunque yo nunca había tratado de encontrar su tumba. Mi lápida favorita (si es posible que exista algo así) era la que señalaba el fallecimiento de un joven llamado Horace Brass que había muerto a los dieciséis años en 1910. Su nombre estaba grabado en una letra cursiva redondeada tipo *art nouveau*.

Empecé a caminar hacia allí con las manos en los bolsillos. Un hombre se puso a mi lado y sincronizó su paso con el mío. Miré por el rabillo del ojo y vi que no, no se trataba de un hombre sino de un niño. Un adolescente, como Horace Brass, pálido y delgado como un abedul plateado. Tenía el pelo grasiento y granos alrededor de la boca.

—¿Buscas compañía? —preguntó.

—No —dije en un tono demasiado alto—. No, yo... En fin, que no.

Un burbujeo de ira en mi plexo solar. Aceleré el paso y desanduve rápidamente mi camino.

Al día siguiente llegué tarde a la oficina. Recuerdo que tenía migraña y, con cada paso que daba, el suelo parecía estar demasiado lejos como para que mis pies se posaran en él. Me senté a mi escritorio, protegiéndome los ojos de la luz del sol que entraba a raudales por las ventanas, y hojeé el último número del *Art Newspaper* fingiendo estar concentrado en las palabras. Cuando Lucy llegó, me sonrió y yo sentí una oleada interna de alivio al recordar que aún le gustaba. En su mente, yo seguía siendo el hombre al que había besado frente a su puerta, el hombre con el que había querido subir a su piso, el hombre al que respetaba y que le gustaba y con el que se lo pasaba bien. En su mente, yo era el agradable Martin Gilmour. Era el Martin Gilmour que yo quería ser.

Le devolví la sonrisa. Ese día fuimos a comer juntos; sacamos los sándwiches que habíamos comprado en el supermercado y nos sentamos sobre nuestros abrigos en Kensington Gardens. Yo la besé, cogiéndole la cara con ambas manos, y le

transmití una ternura que casi sentía. Lucy sabía a gambas y mayonesa. No me emocioné; no sentí pasión ni amor. Pero sí que experimenté afecto, y también cariño. Y una especie de comprensión. De eso estoy seguro. No le quité la venda de los ojos, como habría dicho mi madre. Lucy sabía lo que yo era. La verdad es que no puede reclamar nada.

Por supuesto, nada es tan sencillo como parece al principio. Lucy me gustaba muchísimo, de verdad. Con los años, ese sentimiento ha perdido brillo, como el latón sin pulir. Las mismas cualidades que me atrajeron de ella –una visión del mundo sin complicaciones, su moderada excentricidad, su rechazo a arreglarse para sacarse el mejor partido y, sobre todo, su adoración hacia mí– ahora me ponían de los nervios. Y luego está el tema de los hijos, claro. Yo siempre le había dicho que no quería tenerlos y al principio ella lo había aceptado. Pero eso fue antes de que sus amigas empezaran a traerlos al mundo con presteza y colgaran en Facebook con rutinaria frecuencia las ecografías de las doce semanas y fotos de recién nacidos con ojos llorosos. Nuestra manera de socializar cambió: ya no pasábamos la noche en el pub sino que íbamos de pícnic al parque rodeados de niños que no paraban de gritar o celebrábamos barbacoas a media tarde; los horarios de todo lo que hacíamos los definían los canguros, a qué hora llegarían o se irían, o la hora a la que se podría poner a Isadora o a Humphrey o a Matilda a dormir la siesta.

«Ay, ¡no me digas que a Lucy no se le dan bien los niños! ¡Mira cómo juega con ellos!». Se arrodillaba todo el rato para quedar a la altura de sus ojos, los cogía de la mano, corría tras ellos para jugar a pillar, con su vestido de flores revoloteando alrededor de sus rodillas. Tenía seis ahijados. Pero cada vez que iba a Tiffany para comprar una pulsera de abalorios de plata o una jarrita grabada para un bautizo más, algo en su interior se endurecía. Perdió esa dulzura maleable que la caracterizaba.

Supongo que el hecho de que Ben y yo estuviéramos tan unidos no ayudó mucho. Resultaba difícil para una mujer encontrarse en tal situación y esperar recibir toda mi atención. Pero, tal y como le decía a menudo, así habían sido siempre las cosas. Mi relación con Ben se remontaba a mucho tiempo atrás. Éramos los mejores amigos desde la escuela. Estábamos tan unidos que, en su momento, su madre nos había bautizado de manera informal como «Starsky y Hutch». Tiempo después, Serena, la mujer de Ben, había acuñado otra expresión.

–Tú siempre estás ahí, ¿verdad, Martin? –había dicho–. Eres la pequeña sombra de Ben.

Por la razón que fuera, el apodo había calado. Pequeña sombra. Hasta Ben me llama así ahora. En su agenda aparezco como «PS».

El verdadero motivo por el que no íbamos a quedarnos a dormir en la casa la noche de la fiesta era que Ben no me lo había pedido. Lucy tenía razón: había habitaciones más que suficientes para acomodar a un pequeño ejército de invitados incluso en la noche de su cuarenta cumpleaños. Y sí, esa omisión me había ofendido. Lo había ido dejando para más adelante hasta el punto de que ya no quedó un lugar decente donde hospedarlos. Su nueva casa se hallaba en Tipworth, un bucólico pueblo en Cotswold sobrecargado de tiendas cursis que vendían las últimas novedades en manoplas para el horno y paquetes de dulces, pero cuya oferta de hoteles decentes era del todo escasa. Todos los establecimientos con encanto estaban ya completos cuando lo intenté; la mayoría de aquellos huéspedes, supuse, habían reservado su plaza a través de sus asistentes personales. El cuarenta cumpleaños de Ben iba a ser todo un acontecimiento. Acudiría la plana mayor de la Segunda Guerra Mundial.

Al final, el único establecimiento disponible resultó ser un Premier Inn al borde de la rotonda de la autovía. La habitación costaba 59,99 libras, lo cual resultaba ridículo.

–¿Está segura? –había preguntado por teléfono a la telefonista que me indicó el precio.

–Sí. El desayuno no está incluido, pero hay un pequeño Little Chef al otro lado de la carretera.

¡Qué glamur!

Y aquí estábamos ahora. Lucy disgustada en el baño. La tetera hirviendo. Yo de pie sin pantalones sobre una moqueta que rascaba. Mientras sacaba de la maleta la camisa de etiqueta y la pajarita, no le expliqué por qué Ben no nos había ofrecido que nos quedáramos en su casa. Me perturbaba tener que afrontarlo.

Aunque habríamos tardado menos de diez minutos en ir andando a la fiesta, Lucy insistió en que cogiéramos un taxi.

–¡Mis zapatos! –dijo al tiempo que señalaba un par de relucientes zapatos de tiras de un rojo vivo.

–Muy bonitos –mentí–. ¿Son nuevos?

Ella se sonrojó de placer.

–Sí. Me los compré en eBay.

Giró el tobillo derecho para que viera mejor lo verdaderamente llamativos que eran. Como a cualquier mujer convencional, a Lucy le gusta fingir que no lo es comprando zapatos que llamen la atención. En todos los demás aspectos, llevaba lo que se esperaba de ella: un vestido largo de corte trapecio de una tela rígida verde oscuro con dos tirantes finos y los hombros cubiertos por una *pashmina* rojo pálido. En una mano sostenía un minúsculo bolso de noche. Sin necesidad de abrirlo, yo sabía que dentro habría un pañuelo doblado, un pintalabios gastado casi por completo, un boli, un espejito compacto y nuestra llave del hotel. Siempre insistía en llevarse la llave del hotel.

–¿Has dejado la llave en recepción? –le pregunté a modo de prueba.

Ella negó con la cabeza.

–Ya sabes que no me gusta hacerlo. ¿Y si entran en la habitación y roban algo?

–Eres consciente de que tienen una llave maestra, ¿no?

–Bueno –dijo al tiempo que se subía de manera indecorosa en el taxi–. Por si acaso.

El taxista se dio la vuelta para mirarnos.

–¿A Tipworth Priory?

–Sí –contesté–. ¿Cómo lo ha sabido?

Él soltó una risita.

–Tal y como van vestidos se ve a la legua, colega. Por lo general no se ve mucha gente vestida de etiqueta por aquí.

Ben y Serena Fitzmaurice eran famosos por sus fiestas. Para ellos era motivo de orgullo. En teoría aquella era la celebración de los cuarenta años de Ben, pero también era una fiesta de inauguración. Habían comprado la propiedad de Tipworth Priory, del siglo XVII, hacía unos meses. Era su segunda residencia.

Entre semana vivían en una casa blanca con la fachada de estuco en la zona cara de Notting Hill. Los fines de semana, o eso me habían contado, necesitaban «más espacio» para los niños.

«Tan solo queremos escaparnos», habían dicho, mientras escudriñaban folletos satinados de agentes inmobiliarios con tres nombres y sin «&». A mí me desconcertaba pensar de qué podrían querer escaparse. Sin embargo, no era asunto mío intentar descifrar los deseos de los megarricos. Yo había asentido y había murmurado en tono comprensivo al oírlos hablar de ese modo y ellos no tardaron en topar con Tipworth Priory en una zona pintoresca de Oxfordshire en la que había prados y ovejas y toda la parafernalia propia del campo, al tiempo que incluía cafeterías que servían café con leche de soja y ensaladas de caballa ecológica en capillas remodeladas llenas de luz.

Una sucursal de un club privado del Soho acababa de abrir por allí cerca, obrando milagros para la economía local aunque no para los habitantes locales, que no habían tardado en quejarse a los reporteros del *Tipworth Echo* porque el aumento de los precios los estaba echando de sus pueblos.

De hecho, Ben y Serena habían tenido su propio encuentro con la prensa local en el momento en que firmaron el contrato, que había generado un gran revuelo porque implicaba el desalojo de un puñado de monjes ancianos que aún vivían en el convento que acababan de comprar. Los Fitzmaurice consideraban que todo había sido una exageración y, cuando contaban la historia, los monjes se convirtieron en una anécdota desenfadada para explicar en las cenas y diseñada para destacar la graciosa estrechez de miras de la ignorante gente del campo.

(Más adelante leí en el *Echo* que a los monjes los habían reubicado en un suburbio de Oxford que no se mencionaba. Ahora se alojaban en un bloque de pisos construido expresamente para ellos y encajonado entre un aparcamiento de varios pisos y una de esas tiendas de ofertas que vende paquetes de aritos de cebolla en escabeche con descuento y más pinzas de plástico para tender la ropa de las que cualquiera puede necesitar razonablemente a lo largo de toda una vida).

Una vez los monjes hubieron desaparecido del mapa, Serena y Ben pudieron empezar los trabajos en el interior. Realizaron un montón de obras relacionadas con repisas de chimenea de mármol de falso estilo rococó construidas con piedras monumentales con vetas grises como las venillas de unos ojos abiertos de par en par. La lámpara de araña del salón principal se importó de Italia; una cascada fragmentada de esplendor cristalino que, si mirabas más de cerca, descubrías que estaba hecha por entero de botellas de vino colocadas bocabajo. A Serena y a Ben les parecía que aquello proporcionaba un toque

de humor; era una señal de que, aunque eran capaces de reconocer un diseño hermoso, no eran de los que se lo tomaban demasiado en serio. Pero yo sabía que la lámpara había costado doscientas cincuenta mil libras. Más, si se tenían en cuenta los costes de embalaje y transporte. Yo no podía evitar admirar su grandiosidad. El puro e irreflexivo exceso.

No había visto la vivienda desde que habían terminado la reforma, unas tres semanas atrás. Muy a mi pesar, me sentía intrigado y tenía ganas de ver qué habían hecho con el lugar. Me preguntaba si la inclinación en cierto modo empobrecida de Serena por los lirios blancos y las moquetas de felpa y los accesorios y el mobiliario de lujo propios de los hoteles habría despojado al edificio de todo su carácter.

Al acercarnos a Tipworth Priory esa noche, mientras el taxi avanzaba por la larga extensión del camino de acceso, el efecto general resultaba impresionante. A ambos lados de nuestra ruta se alineaban setos podados en forma circular, cada uno de ellos rodeado de una aureola de luz. El exterior del convento era un bien de interés cultural, así que, con gran alivio por mi parte, Serena no había podido ponerle las manos encima. La resplandeciente piedra de Cotswold permanecía intacta y emitía un cálido brillo mantecoso bajo la menguante luz del sol. En las ventanas se conservaban los vitrales. En el jardín delantero había una gran carpa, engalanada con flores lilas y blancas. En una fuente de piedra con forma de niño con una urna inclinada sobre su hombro había pétalos lilas y blancos flotando en el agua. Cuando el taxi se detuvo, oímos el zumbido eléctrico de un generador y la fachada de la casa se iluminó con una luz brillante. Bajé del coche y vi una B y una S gigantes del mismo tono virulento de lila que se proyectaban sobre la pared desde una fuente de luz invisible. Típico de Serena.

–Pues ya ves –dijo Lucy–. No les gusta hacer las cosas a medias, ¿eh?

El taxista soltó un bufido.

–Ni que lo diga, preciosa.

Yo le lancé una mirada a mi mujer, que había empezado a mordisquearse los tiernos padrastrós de su pulgar. El taxímetro marcaba seis libras. Le tendí al taxista un billete de diez y esperé a que me devolviera el cambio exacto.

–Deberías haberle dado propina –dijo Lucy mientras subíamos los escalones y luego tirábamos de un ornamentado sistema de poleas para llamar al viejo timbre.

–¿Con lo que nos ha costado? Ni hablar.

Oí pasos que resonaban sobre las losas y luego la puerta se abrió y apareció Ben con los brazos abiertos de par en par, la camisa sin abrochar, la pajarita desanudada alrededor del cuello, el pelo rizado y enredado y una sonrisa de oreja a oreja en el rostro.

–¡Hola, queridos!

Nos hizo pasar, le dio un abrazo a Lucy y un beso en cada mejilla y luego me envolvió en un abrazo de oso al tiempo que me daba golpecitos en la espalda.

–Me alegro mucho de que hayáis podido venir más pronto –continuó, al tiempo que nos guiaba por un pasillo cubierto de alfombras marroquíes que dejaban un hueco aquí y allá por el que se veían las lápidas del suelo. Los tacones de Lucy repiquetearon sobre un grabado en el que se leía «Amado difunto» y, al bajar la vista, me di cuenta de que estaba de pie sobre «Emily, amada esposa de...». Qué extraño, pensé, acabar tu vida de esa manera. Enterrada en el cementerio de un monasterio que ahora tan solo pavimentaba la fiesta de un hombre rico.

–Perdonad el caos –se disculpó Ben–. La típica locura de antes de una fiesta, ya sabéis cómo va.

Pasamos junto a un grupo de chicas con camisa negra y falda blanca y el pelo recogido en coletas en una gama diversa

de severidad. Una de ellas nos sonrió al pasar. Otra se inclinó casi en una reverencia.

–Estoy contentísimo de poder veros un rato antes de que empiece todo –decía Ben–. Y Serena también. En estas ocasiones nunca hay oportunidad de charlar, ¿verdad? Al menos no con la gente con la que realmente quieres hablar.

Le faltaba la respiración. Se mostraba tan encantador como siempre, pero bajo esa superficie se percibía una nota de nerviosismo. No era propio de Ben estar nervioso. Probablemente se debiera a la inquietud por la llegada de los invitados, pensé.

–Este sitio es espectacular, Ben –dije.

–Sí –añadió Lucy– En serio...

Ben se detuvo un segundo y levantó la cabeza, como si olfateara el aire.

–Lo es, ¿verdad? Hemos tenido muchísima suerte. Aunque tardaremos meses en acabar las reformas. Meses. Ni siquiera hemos empezado con la capilla. Te la enseñaré, PS. Sé que te encanta la historia de la arquitectura. –Le agarró el brazo a Lucy en un gesto conspirativo–. Siempre ha estado chapado a la antigua, ¿verdad, Lucy? Por eso lo queremos.

Para Ben siempre había sido una fuente de diversión el hecho de que, cada vez que íbamos a cualquier parte, yo buscara la iglesia local y encontrara aspectos interesantes: un fresco inesperado de san Pedro con las llaves del cielo; un monumento a los caídos dedicado a un hijo único llamado Arthur, y en una ocasión un cojín de banco con las palabras «Esto también pasará» bordadas.

Seguimos a Ben hasta el extremo de un amplio pasillo con las paredes decoradas con fotografías familiares en blanco y negro uniformemente enmarcadas con metacrilato claro. El corredor daba a la cocina, donde estaba Serena rodeada por ramos de flores a medio desenvolver, los tallos enmarañados con botones y polen. A su alrededor había un grupo de cama-

teros y un hombre que llevaba un sombrero de explorador y una chaqueta de safari con innumerables bolsillos.

–Serena –murmuró Ben–, han llegado PS y Lucy.

Ella levantó la vista con expresión distraída. Tardó un momento en centrar la mirada.

–¡Claro! ¡Claro! Tendréis que perdonarme, queridos. Se me había ido por completo de la cabeza. Esperad un momento.

Se volvió hacia el hombre de la chaqueta.

–Tom, son geniales, gracias. Mucho mejores que las otras flores.

–Tendremos que replantarlas –dijo él con aspereza.

–Ajá, lo sé, cielo. Eso haremos.

Tom abandonó la cocina; sus botas dejaron un rastro de manchas de barro a su paso.

De pronto, Serena se lanzó a soltar una ristra de cumplidos poco sinceros.

–¡Qué alegría veros! Martin... –tenía una forma de pronunciar mi nombre que alargaba las vocales hasta convertirlas en un chasquido–, qué elegante estás. Ah, y Lucy, que... que...

–Hizo una brevísima pausa–. Qué vestido más bonito. ¿De quién es? ¿Donna Karan?

–No –contestó Lucy–. De Monsoon.

–No sabéis cómo lamento que no hayáis podido alojaros aquí. Es una pena, pero ya sabéis cómo van estas cosas. La familia. La familia lejana. Amigos que vienen del extranjero.

–Claro –dije yo–. No hay problema. Estamos encantados de estar aquí, y eso es lo que importa. Y de ver este... este... –con gesto exagerado miré a mi alrededor con expresión de asombro– palacio. En serio, Serena, tu gusto es de lo más impecable.

Ella no respondió aunque nos dedicó otra sonrisa deslumbrante. Aún no se había vestido para la fiesta y aun así su aspecto era más glamuroso que el de cualquiera de nosotros. Llevaba unos tejanos sin dobladillo y una camisa blanca suelta

que de algún modo conseguía no marcar sus formas y ser al mismo tiempo sexi. Una cadena de plata le colgaba alrededor del cuello, con un colgante en forma de corazón acomodado en el hueco entre sus clavículas. Llevaba rulos en la cabeza y los ojos muy maquillados: una sombra de un negro amarroado similar al color de una uña amoratada, aunque no lucía pintalabios y, a resultas de ello, su rostro parecía distorsionado, como uno de esos libros infantiles ilustrados con diversas imágenes que podían intercambiarse para obtener divertidas variaciones de cara, torso y piernas.

–Le he dicho a PS que le enseñaría la capilla –dijo Ben–. Seguro que mientras tanto vosotras dos os las apañaréis para entreteneros, ¿verdad?

Le lancé una mirada a Lucy, que estaba de pie en una esquina junto a una enorme nevera Smeg y se ceñía la *pashmina* al cuerpo, con los labios fruncidos en un gesto rebelde.

–Claro, cariño –dijo Serena–. ¡Pero por lo menos ofréceles antes una bebida!

Se rio con un sonido tintineante, como el que hace una cucharita al dejarla sobre un platillo, y nos sirvió a todos una copa de Veuve Clicquot que ya se estaba enfriando en una cubitera junto al fregadero de tamaño industrial.

Ben cogió nuestras copas y me guio de vuelta por el mismo camino por el que habíamos venido.

–Aún nos tienen que llegar varios muebles –dijo mientras nos deteníamos frente a una chimenea de piedra. La repisa quedaba a la altura de nuestras cabezas. El hueco central lo habían llenado con decenas de cirios de cabos cerosos erguidos y listos para encenderse–. Piezas que Serena encontró en Francia y otras más grandes de un amigo suyo que vive en Bali.

–¿No te dan ganas de encender un fuego de verdad? –pregunté.

–¡Ja! No. Serena quiere que esta noche la única iluminación

sea la de las velas. Eso da... –Se interrumpió, bajó la voz e imitó el acento francés–: *Ambience*. Es lo que me ha dicho.

Me pasó el brazo por los hombros y me atrajo hacia él. Su rostro lucía aún una sonrisa burlona. Seguía decidido a mostrarme lo bien que se lo estaba pasando y lo relajado que se sentía, como si fuéramos tan solo dos buenos amigos disfrutando de un poco de sana diversión. Tal vez se había olvidado de lo bien que lo conocía. Al fin y al cabo, me había dedicado la vida entera a estudiar los rasgos de su rostro. Esa noche había en sus ojos una luz crispada, una especie de entusiasmo febril que hacía que su mirada se desplazara sobre las superficies y las personas, sin pararse en ningún momento para cruzarse con la mía.

Dejó caer el brazo, le dio un trago a su champán y me indicó con un gesto de su mano que entrara en un pasillo angosto, más oscuro que los demás, que se alejaba de la zona central de la casa.

–Creo que esto te gustará –dijo.

Empujó una puerta con las bisagras ennegrecidas y chirriantes. En el aire flotaba un olor a incienso. En la semioscuridad, distinguí la inmensa silueta de un altar y una pila.

–Lo siento, chicos; seguid como si no estuviéramos –dijo Ben al tiempo que pasaba por encima de un cable.

Dos hombres con camisetas negras en las que se leían las palabras «Sono-Vision S. A.» sobre un logo de tres círculos entrelazados introducían unos diminutos destornilladores en una serie de altavoces.

–Menudo montaje –dije.

–Ya ves.

La capilla tenía casi el mismo aspecto que debía de tener cuando los monjes abandonaron el lugar. En los estantes había libros de himnos abiertos y las páginas ondeaban por la corriente de aire producida por la puerta al cerrarse. Era como

si los antiguos residentes se hubieran visto obligados a marcharse en mitad de un servicio, abandonando todas sus posesiones en sus prisas por huir.

Me recordó a la casa de Victor Hugo en la Place des Vosges en París, en la que no se había tocado nada desde su muerte y donde todo seguía en el lugar que le correspondía. Aunque luego veías la máscara mortuoria de Hugo, dejada como por casualidad en una caja sobre el escritorio, y te dabas cuenta de lo macabro del escenario, de lo extraño que era ese impulso humano de dejar las cosas intactas, como congeladas en gelatina. Cuando murió mi madre, no vi el momento de deshacerme de ella. Organicé rápidamente la incineración y cuando los directores de la funeraria me informaron de que ya podía ir a recoger sus cenizas, los ignoré. ¿Qué harán con las cenizas que nadie recoge? Nunca lo averigüé.

–Da yuyu –dije.

–No tienes ni idea, PS. Ni idea. Aquí hay un fantasma, ¿sabes?

A continuación procedió a contarme que se decía que el fantasma vagaba por el cementerio medieval, justo al lado del laberinto ornamental que habían plantado para que se divirtieran sus cuatro hijos: Cosima, Cressida, Hector y Wilf (a quien en la familia llamaban Oso). En la zona, el fantasma era conocido como «El Monje Marrón» y se decía que podía atravesar las paredes de la casa emitiendo un sonido suave y sordo.

–Pero tú no crees en esas cosas, ¿no? –pregunté.

Ben negó con la cabeza.

–No, pero... Serena. Ya sabes cómo es...

Sí. Lo sabía.

El día que la conocí, en un restaurante ubicado en lo más alto de uno de los rascacielos más nuevos de Londres, Serena se inclinó hacia delante y me agarró el antebrazo. Lo hizo con tal rapidez que no me dio tiempo a liberar mi brazo de su

apretón, así que nos quedamos allí sentados, en esa situación incómoda, mientras ella me miraba con seriedad, con esos ojos suyos turquesa, y decía: «Ben me ha hablado mucho de ti. No me cabe ninguna duda de que vamos a ser como hermanos».

Yo esboqué una sonrisa evasiva. La sonrisa evasiva es una de mis especialidades.

«Veo tu niño interior», dijo, y mientras hablaba un mechón de pelo rubio se quedó pegado a su brillo de labios y permaneció allí, dividiendo la parte baja de su rostro bello y distante. A su espalda yo veía el paisaje oscuro de la ciudad: la carcasa de un andamio recién levantado, iluminado por una luna nebulosa y las luces rojas titilantes de Canary Wharf, secuenciadas como la pantalla led de un reloj digital imposible de leer.

—Es muy importante, ¿no crees? —dijo al llegar el primer plato—. Conservar esa capacidad infantil de maravillarse ante el mundo.

Apartó la mano de mí, satisfecha consigo misma. En su tersa frente había una sola arruga y parecía que la hubieran colocado allí expresamente para transmitir preocupación y empatía.

Serena era la última de una larga ristra de novias. Pero hasta yo tuve que reconocer que era distinta. Antes que ella, Ben había tenido un estereotipo. Era guapo y venía de una familia con dinero. Su vida había sido casi demasiado fácil: escuela privada, Cambridge, gestor de fondos de inversión, y como consecuencia buscaba retos difíciles en su vida personal. Le gustaban las chicas neuróticas con tejanos rajados que fumaban demasiado y se cortaban el pelo ellas mismas. Nunca le duraban más de unos cuantos meses y siempre era Ben el que terminaba con la relación.

A menudo, era yo quien tenía que consolarlas después. Esas chicas acudían a mí, con la cara deshecha en lágrimas y el lápiz de ojos corrido, y yo siempre les decía lo mismo: que Ben no

estaba preparado para sentar la cabeza y que tal vez nunca lo estaría, que no era cosa de ellas, sino de él, y que él las adoraba a su manera, pero que no podía evitarlo, que no estaba preparado. Ellas asentían y se mordían los labios y luego, tras una taza de té con azúcar y unas cuantas migas de pastel (nunca se comían el trozo entero), se marchaban de mi piso y nunca volvía a verlas.

Aquellas chicas me gustaban, probablemente porque nunca me sentí amenazado por ellas. No se entrometían en mi amistad con Ben. Respetaban nuestro vínculo inquebrantable. Él y yo nos conocíamos mejor que nadie en el mundo; así era. Ninguna mujer podía competir con eso. Como yo les decía, no era culpa suya.

Hasta que llegó Serena.

Serena, con su confianza despreocupada, lo dejó fascinado. Se conocieron en unas vacaciones de esquí. Cómo no. Esa era la clase de situaciones en las que se conocían las personas como ellos. O bien en Verbier o bien en Saint-Tropez.

Ella era rubia y alta e imponente. Músculos esbeltos. Un aroma dulzón. Un pelo que oscilaba de un lado a otro como si se publicitara a sí mismo. Trabajaba en una galería de arte, aunque en cuanto se prometieron dejó el trabajo. Era el tipo de persona que yo siempre había dado por hecho que a Ben le parecería aburrida. Él y yo solíamos reírnos de las chicas so-sas llamadas Sloane de este mundo, con sus carreras inventadas y su dependencia del fondo fiduciario de papá y sus fines de semana en el campo con sus botas Hunter y sus chalecos acolchados.

Pero a Serena la subestimé. Porque aunque parecía aburrida (guapa, sí, pero innegablemente aburrida), poseía una especie de pureza. Era muy ingenua. No era estupidez, no exactamente, sino más bien una sensación de no ser de este mundo, como si aún no hubiera encontrado su lugar en

este planeta. Podía describirse con una palabra menos amable: «pava».

Por la razón que fuera, Ben estaba perdidamente enamorado de ella. Esa noche me di cuenta, al mirarlo sentado frente a mí en la mesa y deseando desesperadamente que me devolviera la mirada, de que Serena había llegado para quedarse. Ben se volvió hacia ella y, con la yema del pulgar, le apartó el mechón de pelo de la boca y luego la besó con una ternura insoportable. Y supe que las cosas iban a cambiar.

El suyo no era un matrimonio perfecto. Tenían los hijos requeridos, cada uno de ellos precoz y adorable de una forma levemente distinta del que había llegado antes, y como Ben había abandonado la empresa en la que había trabajado desde que se licenció para levantar su propio negocio, cada vez pasaban más tiempo separados. Serena, siempre distraída, no entendía las presiones de su trabajo. A Ben, con una preocupación creciente, no le quedaba tiempo para dedicárselo al mantenimiento emocional de su mujer. Ella se endureció. La ingenuidad que yo había percibido en ella en su momento se contaminó por una evaluación hastiada de las cosas y las personas; de su valor, su coste. Ben aún la quería, de eso estaba seguro. Tan solo que ya no estaba enamorado.

Creo que en realidad a ninguno de los dos les importaba. Representaban muy bien su papel. Serena había envejecido bien, gracias al acertado uso de ciertos rellenos suministrados por un cirujano plástico discreto y a la inigualable táctica para preservar la juventud de tener muy poco que hacer. Se convirtió en una de esas mujeres glamurosas y adineradas que no saben cómo ocupar su tiempo y que tratan de llenarlo con almuerzos con fines caritativos y una nebulosa búsqueda de sentido. Iba a retiros ayurvédicos y a talleres de meditación de fin de semana, y dejaba a sus hijos al cuidado de dos niñeras a tiempo completo y un ama de llaves entregada que llevaba un uniforme oscu-

ro diseñado para no parecer un uniforme. Hablaba mucho de «conexiones» y «auras». Ben se mostraba cariñoso con ella. En público, hacían buena pareja.

Pero ella seguía teniendo sus «ideas». Una de ellas, según me contó Ben mientras estábamos en la capilla, estaba relacionada con el fantasma de Tipworth. Me explicó que había hecho venir a un exorcista local para que llevara a cabo una farsa que «liberaría las energías negativas».

–¿Cómo encuentras a un exorcista local? –pregunté–. ¿Se anuncian en las Páginas Amarillas?

Ben se rio.

–Quién coño lo sabe. Quiero decir que ¿todavía existen las Páginas Amarillas?

–Confía en Serena... –Dejé el pensamiento a medio formular, sin contestar.

Nos quedamos unos segundos allí de pie, uno al lado del otro, mientras la luz del exterior palidecía. Las vidrieras de colores de las ventanas proyectaban rombos de color rosa, verde y azul sobre el suelo de piedra gastada.

–No has bebido nada –dijo Ben en tono acusatorio.

Miré mi copa de champán. Era cierto. No le había dado ni un solo trago. Tenía las yemas de los dedos húmedas por la condensación acumulada en el cristal.

–Lo siento –dije, y levanté la copa–. Por ti, Ben. Por tu nueva casa. Y feliz cumpleaños.

–Gracias, PS.

Entrechocamos las copas. Pero al observar de nuevo la estudiada vacuidad de su rostro, volví a percatarme de que pasaba algo.

–Mi viejo amigo –dije, intentando una vez más provocar una chispa de reconocimiento.

Pero él se removió inquieto y siguió sin mirarme.

–Oye, PS, tenemos que hablar. –Su voz sonaba seca y agu-

da-. Sobre... -Hizo un gesto amplio con su mano libre, como si dibujara claves de sol sobre una arena imaginaria.

Yo esperé. Un latido del corazón. Dos. La sangre me bombeaba por el cuerpo. Tenía los músculos tensos.

-Me ha salido una oportunidad de negocio que quiero discutir contigo.

Alivio. Una oleada casi física del mismo.

-Ah -contesté, tratando de no pensar en todas las cosas que podría haber dicho-. Qué interesante. Cuéntame más.

Hice un esfuerzo por evitar que la alegría se reflejara en mi voz. Ben nunca me había pedido que me uniera a él en una aventura empresarial, y a mí siempre me había ofendido un poco. Por supuesto, al principio de nuestra amistad yo no tenía los fondos necesarios. Pero desde la publicación de *Arte. ¿A quién co#o le importa?*, mi saldo bancario era mucho más sustancioso. Publicado en veintidós idiomas. En la lista de libros más vendidos del *Sunday Times* durante doce semanas ininterrumpidas. Los *royalties* no paraban de llegar.

Ahora que me ofrecía una oportunidad, estaba encantado. Eso significaba que confiaba en mí. Que yo era tan bueno como cualquiera de sus amigos ricos con fondos fiduciarios.

-Es una pequeña idea que tengo para una inversión. Un nuevo resort estilo casino en Montenegro.

-Ah. Montenegro: el nuevo Montecarlo.

-¡Ya ves! -volvió a decir-. Muy bien, PS. Sí. Deberíamos usar esa frase como eslogan, la verdad.

Le di un sorbo al champán. Las burbujas me hicieron cosquillas en la lengua.

-Faltaría más. ¿Cuándo quieres que charlemos sobre el tema? Me imagino que ahora no.

Él negó con la cabeza y sus rizos se movieron como a espasmos.

–No, colega, no. Ya encontraremos un momento tranquilo después de la fiesta. Con nuestras mujeres.

Yo arqueé una ceja.

–El caso es que... el proyecto las incluye a ellas.

–Qué intrigante.

–Podemos hacerlo en cuanto se marchen los invitados.

–Diría que entonces habría tenido aún más sentido que nos quedáramos aquí a pasar la noche. No digo que el Premier Inn no tenga su encanto, pero... –En cuanto lo dije, noté que sonaba a la defensiva.

Ben gruñó.

–Sabía que te cabrearías. Ya se lo dije a Serena.

–No estoy cabreado.

–Lo estás, PS. Se te nota. Mira, es por culpa de la familia. Tenemos un montón de tías y tíos y parientes políticos. Ya sabes cómo va.

Avancé por el pasillo de la capilla, acariciando con la mano el borde de los soportes para los libros de himnos. Al llegar al altar, vi que tenía polvo bajo una de mis uñas. «Ya sabes cómo va». Una de sus frases preferidas.

–No, Ben –dije al tiempo que me volvía hacia él y mi voz reverberaba en el techo abovedado–. No lo sé. Por lo visto se te ha olvidado que yo no tengo familia.

Bajo la luz declinante, ya no distinguía su expresión. Su copa, ya vacía, colgaba perezosamente de su mano.

–Tú eres mi familia –añadí, aunque demasiado bajo para que él lo oyera.